

una comida todos los domingos, y había escogido este día de recibo porque había notado que en el gran mundo nadie iba al teatro y quedaba el día sin destino determinado. La invasión de las clases trabajadoras hace que el domingo sea tan tonto en París como fastidioso en Londres. La baronesa invitó, pues, al ilustre Desplein á comer, para poder hacerle una consulta, á pesar del enfermo, que decía que se encontraba bien. Keller, Rastiñac, de Marsay, Tillet, todos los amigos de la casa, le habían dicho á la baronesa que un hombre como Nucingen no debía morir de improviso, porque sus muchos negocios exigían precauciones y obligaban á saber á qué atenerse. Estos señores fueron invitados á comer, así como el conde de Gondreville, suegro de Francisco Keller, el caballero de Espard, Lupeaulx, el doctor Bianchón, discípulo de Desplein á quien éste más quería, Baudenord y su mujer, los condes de Montcornet, Blondet, la señorita de Touches y Conti, y, por fin, Luciano de Rubempré, á quien Rastiñac profesaba gran amistad desde cinco años antes, aunque su amistad era forzada.

—No nos desembarazaremos fácilmente de ese—dijo Blondet á Rastiñac cuando vió entrar en el salón á Luciano, más guapo y más elegante que nunca.

—Vale más ser amigo suyo, porque es temible—dijo Rastiñac.

—¿El?—preguntó de Marsay.—Yo sólo juzgo temibles á aquellos cuya posición es clara, y la suya es más bien inatacada que inatacable. Veamos, ¿de qué vive? ¿de dónde proviene su fortuna? Estoy seguro de que tiene al menos sesenta mil francos de deudas.

—Ha hallado á un sacerdote español que es muy rico y le protege decididamente—respondió Rastiñac.

—Se casa con la señorita de Grandlieu la mayor—dijo la señorita de Touches.

—Sí, pero le exigen que compre una tierra que rente treinta mil francos al año para asegurar la fortuna que tiene que reconocerle á su futura, y para eso necesita un millón, lo cual no está al alcance de cualquier español—dijo el caballero de Espard.

—Es muy caro eso, porque Clotilde es muy fea—dijo la baronesa llamando por el nombre á la señorita de Grandlieu, como si ella, que era una Goriót, frecuentase aquella sociedad.

—No—contestó Tillet,—la hija de una duquesa no es nunca fea para nosotros, sobre todo si lleva consigo el título de marqués y un alto cargo diplomático.

—Ya no me admira ver á Luciano tan grave. Tal vez no tenga un céntimo y no sepa cómo salir del apuro—dijo de Marsay.

—Sí, pero la señorita de Grandlieu lo adora—dijo la condesa de Montcornet,—y, ayudado por su prometida, tal vez se mejoren las condiciones.

—¿Qué hará de su hermana y de su cuñado de Angulema?—preguntó el caballero de Espard.

—Su hermana es rica y se llama hoy la señora Sechard de Marsac—respondió Rastiñac.

—Si hay dificultades, no le faltarán proporciones siendo tan guapo como es—dijo Bianchón levantándose para saludar á Luciano.

—Buenos días, amigo querido—dijo Rastiñac dándole un caluroso apretón de manos á Luciano.

Antes de comer, Desplein y Bianchón, que, al mismo tiempo que bromeaban con el barón de Nucingen, lo examinaban, reconocieron que su enfermedad era puramente moral; pero nadie pudo adivinar la causa, tan imposible parecía que aquel profundo político de la Bolsa pudiese estar enamorado. Bianchón, al no hallar nada más que el amor como explicación del estado patológico del banquero, le dijo dos palabras á Delfina de Nucingen, la cual se sonrió como mujer que sabe hace ya mucho tiempo á qué atenerse respecto á su marido. Después de comer, cuando bajaron al jardín, los íntimos de la casa cercaron al banquero y quisieron poner en claro aquel caso extraordinario, al oírle afirmar á Bianchón que Nucingen debía estar enamorado.

—Barón—le dijo de Marsay,—¿sabe usted que ha enflaquecido atrocemente?... y no falta quien sospecha que viola usted las leyes de la naturaleza financiera.

—¡Nunca!—respondió el barón.

—Sí tal—replicó de Marsay.—Hay quien se atreve á decir que está usted enamorado.

—Es *ciego*—respondió lastimosamente Nucingen.—*Suspigo* por algo desconocido.

—¿Está usted enamorado?... ¡vaya! ¡vaya! es usted un fatuo y un presumido—dijo el caballero de Espard.

—Bien sé yo que *estag enamogado* á mi edad es lo más *gidículo* que hay; *pego* ¿qué *quiege* usted? es así.

—¿De una mujer distinguida?—preguntó Luciano.

—El barón sólo puede enflaquecer así por un amor sin esperanza—dijo de Marsay,—porque tiene con qué comprar á todas las mujeres que quieren ó que pueden venderse.

—No la conozco—respondió el barón.—*Ahoga* que la *señoga* Nucingen está en el salón, puedo *decigselo* á ustedes. Hasta *ahoga* no he sabido lo que *ega* el *amog*. ¿El *amog*?... *paga* mí el *amog* es *enflaqueceg*.

—¿Dónde halló usted á esa joven inocente?—preguntó Rastiñac.

—En *caguaje*, á las doce de la noche, en el bosque de Vincennes.

—¿Y sus señas?—preguntó de Marsay.

—*Cuegpo* de *gaso* blanco, falda de *colog* de *gosa*, velo blanco... una *figuga* *vegdadegamente* *biblica*. Ojos de *viggen*, *tez ogiental*.

—¿Usted soñaba!—dijo Luciano sonriéndose.

—Es *vegdad*, *dogmia* como un tronco, pues *ega* cuando volvía de *comeg* del campo con mi amigo.

—¿Iba sola?—preguntó Tillet interrumpiendo al cancerbero.

—Sí—dijo el barón con doliente tono,—sólo la acompañaban un *jeduco* que iba tras el coche y una *camagega*.

—Luciano parece conocerla—exclamó Rastiñac al ver la sonrisa del amante de Ester.

—¿Quién no conoce á las mujeres capaces de ir á las doce de la noche al encuentro de Nucingen?—contestó Luciano bromeando.

—En fin, no es una mujer que frecuente el mundo, porque el barón habría reconocido al *jeduco*—dijo el caballero de Espard.

—No la he visto en ninguna *pagte*—respondió el barón,—y eso que hace *cuagenta* días que la policía la busca por *ogden* mía.

—Es preferible que le cueste unos centenares de miles de francos que la vida, y, á su edad, una pasión sin alimento es peligrosa y puede acarrear la muerte—dijo Desplein.

—Si lo que como no me alimenta y el *aige* me *pagece mogtal*—le respondió Nucingen á Desplein.—Voy con frecuencia al bosque de Vincennes á *veg* el *lugag* en que la

hallé... ¡Y eso es mi vida!... No he podido *siquiega ocupagme* del último préstamo y he tenido que *atenegme* á mis colegas que *tuviegon* lástima de mí. *Dagla* un millón *pog* *conoceg* á esa *mujeg*, con lo cual *ganagla*, *pogque* no puedo *ig* á la Bolsa. Pregúnteselo á Tillet.

—Sí—respondió Tillet,—le ha tomado aversión á los negocios y está muy cambiado, lo cual es señal de muerte.

—Señal de *amog*, que es *paga* mí lo mismo—replicó Nucingen.

La sencillez de aquel anciano que no era ya cancerbero y que, por primera vez en su vida, veía algo más santo y más sagrado que el oro, conmovió á aquella sociedad de seres gastados: los unos se sonrieron y los otros miraron á Nucingen para expresar con sus miradas el siguiente pensamiento: ¡llegar á este estado un hombre tan enterol... Después cada cual se volvió al salón á comentar el suceso, porque aquello era un verdadero suceso sensacional. La señora de Nucingen se echó á reír cuando Luciano le reveló el secreto del banquero; pero al oír las burlas de su mujer, el barón la cogió por un brazo, la llevó al alféizar de una ventana y le dijo en voz baja:

—*Señoga*, ¿me he *buglado* yo nunca de sus pasiones, *paga* que se *bugle* usted de las mías? Una buena *mujeg* *ayudagla* á su *magido* á *salig* del *apugo*, sin *buglagse* de él como usted hace.

Por la descripción del anciano banquero, Luciano había reconocido á su Ester, y enojado ya consigo mismo por la sonrisa suya que había sido notada, aprovechó el momento de conversación general que se anima mientras sirven el café, y desapareció.

—¿Qué ha sido del señor de Rubempré?—preguntó la baronesa de Nucingen.

—Es fiel á su divisa: *Quid me continebit?*—respondió Rastiñac.

—Lo cual quiere decir: ¿Quién me retiene? ó: Soy indomable, como usted quiera—dijo de Marsay.

—Se ha sonreído de un modo en el momento en que el barón hablaba de la desconocida, que me hace creer que la conoce—dijo Horacio Bianchón con la mayor inocencia.

—¡Bueno!—se dijo para sus adentros el cancerbero.

Como todos los enfermos desesperados, el barón aceptaba todo lo que le parecía ser una esperanza, y se propuso hacer espíar á Luciano por gente diferente de la de Lou-

chard, que era el policía más hábil del comercio de París, y el que tenía encargo de buscar á Ester.

Antes de ir á casa de su amada, Luciano tenía que ir al palacio de Grandlieu á pasar las dos horas que hacían á la señorita Clotilde Federico de Glandlieu la joven más feliz del barrio de Saint-Germain. La prudencia que caracterizaba la conducta de aquel joven ambicioso, le aconsejó que diese cuenta á Carlos Herrera del efecto que había producido su sonrisa al ver que el barón hacía el retrato de Ester. El amor del barón hacia Ester y el hecho de haber empleado en su busca á la policía, eran, por otra parte, acontecimientos bastante dignos de serle transmitidos al hombre que había buscado, debajo de la sotana, el asilo que los criminales hallaban antaño en las iglesias. Y desde la calle de San Lázaro, en donde vivía en aquel tiempo el banquero, á la calle de San Domingo, en donde se hallaba el palacio de Grandlieu, el camino de Luciano lo llevaba á delante de su casa de la calle Malaquais. Luciano halló al cura fumando su breviario, es decir, echando una pipa antes de acostarse. Este hombre, más extraño que extranjero, acabó por renunciar á los puros españoles porque los hallaba demasiado suaves.

—Esto se pone serio—respondió el cura cuando Luciano se lo hubo contado todo.—El barón, que se sirve de Louchard para hallar á la pequeña, no dejará de poner á alguien en tu seguimiento y todo será descubierto. La noche y la mañana apenas me bastarán para preparar las cartas de la partida que voy á jugar contra ese barón, á quien debo mostrar, ante todo, la impotencia de la policía. Cuando nuestro cancerbero haya perdido toda esperanza de hallar lo que busca, yo me encargo de venderle la oveja en lo que vale...

—¡Vender á Ester!—exclamó Luciano, cuyo primer impulso era siempre excelente.

—¿Olvidas acaso nuestra situación?—exclamó el cura.

Luciano bajó la cabeza.

—Ya no hay dinero y tenemos que pagar deudas por valor de sesenta mil francos—repuso el falso sacerdote.—Si quieres casarte con Clotilde de Grandlieu, tienes que comprar una tierra de un millón para asegurar la viudez de esa fea. Ester es una pieza que le costará un millón á ese cancerbero. Esto corre de mi cuenta.

—Ester no querrá nunca...

—Eso es cosa mía.

—Se morirá.

—Eso es cosa de las Pompas fúnebres. Y después de todo ¿qué?—exclamó aquel salvaje poniendo coto á las elegías de Luciano.—¿Cuántos generales murieron en la flor de sus años por el emperador Napoleón?—le preguntó á Luciano al cabo de un momento de silencio.—¡Siempre se encuentran mujeres! En 1821, Coralia no tenía igual para ti y, sin embargo, existía ya Ester. Después de esta muchacha vendrá... ¿sabes quién?... la mujer desconocida, que es la más hermosa de todas las mujeres, y la que buscarás tú en la capital en que el yerno del duque de Grandlieu sea ministro y representante del rey de Francia. Y luego, dime, señor chiquillo, ¿se morirá Ester? ¿puede conservar esas relaciones el marido de una Grandlieu? Pero, en fin, déjame á mí obrar y alégrate de no tener que pensar en todo como yo: esto es cosa mía. Unicamente que tú pasarás una semana ó dos sin Ester, aunque hoy puedes ir aun á la calle Taitbout. Vamos, vete á ver á tu Grandlieu. Hallarás á Ester un poco triste, pero dile que obedezca. Se trata de nuestra librea de virtud, de nuestras casacas de honradez, del parapeto que oculta las grandes infamias. Se trata de mi hermoso yo, de ti que no debes parecer nunca sospechoso. La casualidad nos ha servido mejor que mi pensamiento, que hacía ya dos meses que trabajaba en el vacío.

Al pronunciar estas últimas frases, cual si disparase otros tantos pistoletazos, el falso sacerdote se vestía y se disponía á salir.

—Tu alegría es visible—exclamó Luciano,—tú no has querido nunca á la pobre Ester, y ves llegar con gusto el momento de desembarazarte de ella.

—Tú nunca te has hastiado de amarla, ¿verdad? Pues bien, yo no me he hastiado nunca de execrarla. Pero ¿no he obrado siempre como si amase sinceramente á esa muchacha, siendo así que tenía su vida en mis manos, por medio de Asia? Unas setas venenosas en un guiso, y se habría acabado todo... Sin embargo, la señorita Ester vive aun, ¿verdad?... y es feliz porque tú la amas. No seas chiquillo. Hace cuatro años que esperamos una casualidad favorable ó contraria, y ahora es preciso obrar con talento para aprovechar la oportunidad que nos depara la fortuna: en este golpe, como en

todo, hay cosa buena y mala. ¿Sabes en lo que pensaba en el momento en que entrabas?

—No...

—En hacerme aquí, como en Barcelona, heredero de alguna vieja devota, por medio de Asia...

—¿Un crimen?

—No me quedaba ya más que este recurso para asegurar tu dicha. Los acreedores se mueven. Una vez perseguido por los alguaciles y despedido del palacio de Grandlieu, ¿qué sería de ti? Habría llegado la hora del diablo.

El falso sacerdote describió con un gesto el suicidio de un hombre que se tira al agua, y luego fijó en Luciano una de aquellas miradas duras y dominantes que hacen penetrar la voluntad de las gentes fuertes en el alma de las débiles. Aquella mirada fascinadora, que venció toda resistencia, anunciaba entre Luciano y el falso sacerdote, no sólo secretos de vida y muerte, sino también sentimientos tan superiores á los sentimientos ordinarios como lo era aquel hombre á la baja de su situación.

Obligado á vivir fuera del mundo, cuyas puertas le cerraba la ley, agotado por el vicio y por furiosas y terribles resistencias, pero dotado de una fuerza de alma que le corroía, aquel personaje innoble y grande, oscuro y célebre, devorado por una fiebre de vida, revivía en el elegante cuerpo de Luciano, cuya alma había pasado á ser suya. Él se hacía representar en la vida social por aquel poeta, al que comunicaba su consistencia y su voluntad de hierro. Para él, Luciano era más que un hijo, más que una mujer amada, más que una familia, más que su vida: era su venganza; y del mismo modo que las almas fuertes se aferran más á un sentimiento que á la existencia, él se había unido al poeta con lazos indisolubles. Después de haber comprado la vida de aquel soñador desesperado que se encaminaba al suicidio, le propuso uno de esos pactos infernales que sólo se ven en las novelas, pero cuya terrible posibilidad ha sido demostrada á veces en las causas célebres. Prodigándole á Luciano todos los goces de la vida parisiense, probándole que podía crearse aun un porvenir hermoso, él había logrado su propósito. Por lo demás, cuando se trataba de su segundo yo, aquel hombre extraño, no conocía sacrificios. En medio de su fuerza, era tan débil contra los caprichos de su aliado, que había acabado por confiarle sus secretos.

¿No fué un lazo más entre ellos esta especie de complicidad moral? Desde el día en que la Torpedo fué secuestrada, Luciano sabía la terrible base sobre que descansaba su dicha. Aquella sotana de cura español ocultaba á Jacobo Collín, una de las celebridades del presidio, el cual vivía diez años antes, con el nombre de Vautrín, en la casa Vauquer, donde Rastíac y Bianchón se hospedaban. Jacobo Collín, apodado *Burla-la-Muerte*, tan pronto como se evadió del presidio de Rochefort, aprovechó el ejemplo dado por el famoso conde de Santa Elena, si bien modificando todo lo que tuvo de vicioso la acción atrevida de Coiffard. Sustituir á un hombre honrado y continuar la vida de bandido es una proposición cuyos términos son demasiado contradictorios para que no acarree un desenlace funesto, sobre todo en París; porque, implantándose en una familia, un condenado centuplica los peligros de la sustitución. Para estar al abrigo de toda indagación ¿no es preciso situarse á mayor altura que los intereses ordinarios de la vida? Un hombre del mundo está sometido á casualidades que difícilmente afectan al que se aísla de aquél; de modo que la sotana es el disfraz más seguro, cuando puede ser completado con una vida ejemplar, solitaria y sin acción. «Seré, pues, sacerdote», se dijo aquel muerto civil que quería revivir á toda costa bajo una forma social y satisfacer pasiones tan extrañas como él. La guerra civil que estalló en España, por la constitución del año 1812, país al que se trasladó este hombre de acción, le dió medios de matar secretamente en una emboscada al verdadero Carlos Herrera. Hijo bastardo de un gran señor y abandonado por su padre, ignorante de la mujer á quien debía la vida, aquel sacerdote estaba encargado de una misión política en Francia, por el rey Fernando VII, á quien se lo había propuesto un obispo. El obispo, único hombre que se interesaba por Carlos Herrera, murió durante el viaje que hacía éste de Cádiz á Madrid y de Madrid á Francia. Satisfecho de haber hallado aquella individualidad tan deseada y en las condiciones apetecidas, Jacobo Collín se hizo heridas en la espalda para borrar las fatales letras y se transformó el rostro por medio de reactivos químicos. Metamorfoseándose así delante del cadáver del sacerdote antes de destruirlo por el fuego, pudo adquirir cierta semejanza con el despojado. Para acabar aquella transmutación, casi tan maravillosa como aquella que se re-

fiere en un cuento árabe en que un derviz adquiere el poder para penetrar, siendo viejo, en un cuerpo joven mediante palabras mágicas, el forzado, que hablaba español, aprendió el latín que conviene saber á todo sacerdote.

Banquero del presidio, Collín era rico porque poseía los depósitos confiados á su conocida y forzada probidad: entre tales asociados, un error se paga á puñaladas. A aquellos fondos unió el dinero que le había dado el obispo á Carlos Herrera. Antes de salir de España, pudo apoderarse del tesoro de una devota de Barcelona, á la cual dió la absolución prometiéndole operar la restitución de las sumas que provenían de un asesinato cometido por ella, y del que procedía su fortuna. Al convertirse en sacerdote, encargado de una misión secreta que había de valerle poderosas recomendaciones en París, Jacobo Collín, resuelto á no hacer nada que comprometiese su carácter de eclesiástico, se entregaba á los azares de su nueva existencia, cuando encontró á Luciano en la carretera de Angulema á París. Este joven le pareció al falso sacerdote que podría ser un maravilloso instrumento de poder, y lo salvó del suicidio diciéndole:

—Entréguese á un hombre de Dios como se entrega uno al diablo, y obtendrá usted todas las ventajas de un nuevo destino. Vivirá usted como en sueños, y el peor sueño será la muerte que quería usted darse.

La alianza de estos dos seres, que debían de formar uno solo, descansó en este razonamiento lleno de fuerza, que el cura cimentó con una complicidad sabiamente trabada. Dotado del genio de la corrupción, el forzado destruyó la honradez de Luciano sumiéndolo en necesidades crueles y sacándolo de ellas mediante consentimientos tácitos de aquellas acciones malas ó infames que le dejaban siempre puro, leal y noble á los ojos del mundo. Luciano era el esplendor social á cuya sombra quería vivir el falso sacerdote.

—Yo soy el autor y tú serás el drama; si no tienes éxito, la silba será para mí—le dijo el día en que le confesó el sacrilegio de su disfraz.

El falso sacerdote fué prudentemente, de confesión en confesión, adaptando la infamia de las confidencias á la extensión de sus progresos y á las necesidades de Luciano, y no le reveló su último secreto hasta el momento en que el hábito de los goces parisienses, los éxitos y la vanidad satisfecha le habían esclavizado el cuerpo y el alma de

aquel poeta tan débil. Donde Rastignac, tentado por aquel demonio, había resistido, Luciano, mejor manejado, más sabiamente comprometido, y vencido, sobre todo, por la dicha de haber conquistado una posición eminente, sucumbió. El mal, cuya configuración poética recibe el nombre de diablo, empleó con aquel hombre medio afeminado sus más atractivas seducciones, y le exigió al principio poco á cambio de mucho. La gran arma del cura fué aquel eterno secreto prometido por Tartufo á Elmira. Las pruebas reiteradas de una abnegación absoluta, semejante á la del seide por Mahoma, acabaron aquella obra horrible de la conquista de Luciano por Jacobo Collín.

En aquel momento, no sólo habían devorado Ester y Luciano los fondos confiados á la probidad del banquero de los presidios, que se exponía á terribles rendiciones de cuentas, sino que el petimetre, la cortesana y el sacerdote tenían deudas. En el momento en que Luciano iba á vencer, el más pequeño tropiezo por parte de cualquiera de los tres podía contribuir á que se derribase el fantástico edificio de una fortuna tan audazmente construida. En el baile de la Ópera, Rastignac había reconocido al Vautrín de la Casa Vauquer, pero sabía que moriría si cometía una indiscreción, y Luciano cambiaba con el amante de la señora de Nucingen miradas en que el miedo se escondía en ambos con apariencias de amistad; así es que en el momento del peligro, Rastignac habría dado gustoso el coche que hubiese de conducir al patíbulo á Burla-la-Muerte. Ahora todo el mundo debe comprender la alegría que sentiría el falso cura al conocer el amor del barón de Nucingen y al calcular todo el partido que podía sacar de Ester un hombre de su temple.

—¡Anda!—le dijo á Luciano—el diablo protege á su limosnero.

—Estás fumando encima de un polvorín.

—*¡Incedo per ignes!*—respondió el falso eclesiástico riéndose—¡es mi oficio!

La casa de Grandlieu se dividió en dos ramas á mediados del siglo: la primera la formó la casa ducal condenada á extinguirse, por no tener más que hijas el último duque actual; y la otra, los vizcondes de Glandlieu que tienen que heredar títulos y armas de la rama primogénita. La rama ducal lleva *gules*, con tres *dolobres* ó hachas de oro puestas en

haz, y con el famoso «CAVEO NON TIMEO» por divisa, que es toda la historia de aquella casa. El escudo de los vizcondes es acuartelado de Navarreins, que es de *gules, con la faja almenada de oro*; y timbrado con el casco de caballero con «GRANDS FAITS, GRAND LIEU!» por divisa. La vizcondesa actual, viuda desde 1813, tiene un hijo y una hija. Aunque volvió casi arruinada de la emigración, ha recobrado, gracias á la fidelidad del procurador Derville, una fortuna bastante considerable. Habiendo vuelto á su patria en 1804, el duque y la duquesa de Glandlieu fueron objeto de los halagos del emperador, y Napoleón, al verlos en su corte, devolvió todo lo que tenía la casa de Glandlieu en el *Domaine*, ó sea unos cuarenta mil francos de renta. De todos los grandes señores del arrabal Saint-Germain que se dejaron seducir por Napoleón, el duque y la duquesa (una Adjuda de la rama primogénita aliada con los Braganza) fueron los únicos que no renegaron del emperador y de sus beneficios. Luis XVIII tuvo en cuenta aquella fidelidad cuando el arrabal Saint Germain la reputó como un crimen de los Grandlieu; pero con esto, Luis XVIII se proponía sin duda molestar á MONSIEUR. Se consideraba probable el casamiento del joven vizconde de Grandlieu con María Atenáís, la última hija del duque, que tenía á la sazón nueve años. Sabina, la penúltima, se casó con el barón del Guenic después de la revolución de julio. Josefina, la tercera, pasó á ser señora de Adjuda Pinto, cuando el marqués perdió á su primera mujer, la señorita de Rochefide (alias Rochegude). La mayor había tomado el velo de monja en 1822. La segunda, Clotilde Federico, que tenía entonces veintisiete años, estaba locamente enamorada de Luciano de Rubempré. No es necesario preguntar si el palacio del duque de Grandlieu, que es uno de los más hermosos de la calle de San Domingo, tendría prestigios en el ánimo de Luciano. Siempre que la inmensa puerta giraba sobre sus goznes para dar entrada á su coche, Luciano sentía esa satisfacción de vanidad de que habla Mirabeau, y á veces se decía:

—Aunque mi padre haya sido sencillo farmacéutico del Houmeau, yo tengo entrada aquí...

Tales eran sus pensamientos; así es que hubiese cometido mayores crímenes que los de su alianza con Jacobo Collin, para conservar el derecho á subir los pocos peldaños de la escalinata exterior y por oír que anunciaban: «¡El señor de

Rubempré!» en el gran salón Luis XIV, hecho en tiempo de Luis XIV á imitación de los de Versailles, donde se hallaba aquella sociedad distinguida, la *crema* de París, llamada entonces el *petit château*. La noble portuguesa, una de las mujeres que gustan menos de salir de su casa, estaba casi siempre rodeada de sus vecinos los Chaulieu, los Navarreins y los Lenoncourt. Con frecuencia la linda baronesa de Mamer (apellidada Chaulieu), la duquesa de Maufrigneuse, la señora de Espard, la señora de Camps, la señorita de Touches, aliada con los Grandlieu, que son de Bretaña, se hallaban de visita, al ir al baile ó al volver de la Ópera. El vizconde de Grandlieu, el duque de Rhetoré, el marqués de Chaulieu, que debía ser un día duque de Lenoncourt-Chaulieu, su mujer Magdalena de Morsauf, nieta del duque de Lenoncourt, el marqués de Ajuda-Pinto, el príncipe de Blamont-Chauvry, el marqués de Beauseant, el vidamo de Pamiers, los Vandenesse, el anciano príncipe de Cadiñán y su hijo el duque de Maufrigneuse, eran los asiduos de aquel salón grandioso donde se respiraba el aire de la corte, donde las maneras, el tono y la agudeza armonizaban con la nobleza de los dueños, cuya gran aristocracia había acabado por hacer olvidar su tropiezo napoleónico. La anciana duquesa de Uxelles, la madre de la duquesa de Maufrigneuse, era el oráculo de aquel salón, donde la señora de Serizy no había podido nunca penetrar, á pesar de apellidarse Ronquerolles. Llevado por la señora de Maufrigneuse, á quien su madre le había pedido protección, Luciano se mantenía allí, gracias á la influencia de la gran limosnera de Francia y del arzobispo de París. Sin embargo, no fué presentado hasta después de haber obtenido la R. O. que le confería el nombre y las armas de la casa de Rubempré. El duque de Rhetoré, el caballero de Espard y algunos otros envidiaban á Luciano é indisponíanle periódicamente con el duque de Grandlieu contándole anécdotas de la historia de Luciano; pero la devota duquesa, rodeada de las eminencias de la Iglesia, y Clotilde de Grandlieu lo apoyaron y sostuvieron; esto sin contar con que Luciano explicó estas enemistades, contando su aventura con la prima de la señora de Espard, la señora de Bargetón, que era á la sazón condesa del Chatelet. Además, comprendiendo la necesidad de hacerse adoptar por una familia tan poderosa, y empujado por su consejero íntimo á seducir á Clo-

tilde, Luciano tuvo el valor de todos los advenedizos: de los siete días de la semana fué allí cinco, sorteó con gracia los ataques de la envidia, sostuvo las miradas impertinentes y respondió ingeniosamente á todas las burlas. Su asiduidad, el encanto de sus maneras y su complacencia acabaron por neutralizar los escrúpulos y por aminorar los obstáculos. Recibido en casa de la duquesa de Maufrigneuse, en la de la señora de Serizy y en la de la señorita de Touches, Luciano, satisfecho de ser admitido en estas tres casas, aprendió con el cura á emplear la mayor reserva en todos sus actos.

—No es posible mostrarse adicto á muchas casas á la vez —le decía su consejero íntimo.— Quien va á todas partes no despierta interés en ninguna. Los grandes no protegen más que á los que rivalizan con sus muebles, á los que ven todos los días, y á los que saben hacerse necesarios, como el diván en que se sientan.

Acostumbrado á mirar el salón de los Grandlieu como su campo de batalla, Luciano reservaba su ingenio, sus chistes, las novedades y las gracias todas para las veladas de aquella casa. Insinuante, cariñoso y prevenido por Clotilde de los escollos que tenía que evitar, halagaba las pasioncillas del señor de Grandlieu. Después de haber empezado por envidiar la dicha de la duquesa de Maufrigneuse, Clotilde se enamoró locamente de Luciano; y éste, que comprendió todas las ventajas de semejante alianza, representó su papel de enamorado cual lo hubiese hecho el mejor galán joven de teatro. Luciano iba á misa todos los domingos á Santo Tomás de Aquino, fingía ser ferviente católico, se entregaba á predicciones monárquicas y religiosas que hacían furor, escribía en los periódicos adictos á la Congregación artículos muy notables, sin querer cobrar nada y sin poner más firma que una L, y redactó folletos políticos e cargados por el rey Carlos X, ó por la Gran Limosnera, sin exigir la menor recompensa.

—El rey ha hecho ya tanto por mí, que le debo mi sangre—decía Luciano.

Hacia unos cuantos días que se trataba de agregar á Luciano al gabinete del primer ministro en calidad de secretario particular; pero la señora de Espard puso á tanta gente en campaña contra Luciano, que el ministro de Carlos X no se atrevía á resolverse. No sólo resultaba poco

clara la posición de Luciano y sus medios de vida, sino que la curiosidad benévola y la maliciosa iban de investigación en investigación, y le hallaban más de un defecto á la altura de aquel ambicioso. Clotilde de Grandlieu servía á su padre y á su madre de inocente espía. Algunos días antes había tomado la joven á Luciano para hablarle en el alféizar de una ventana y darle cuenta de las objeciones de su familia, y le había dicho:

—La respuesta de mi madre es que adquiera usted una tierra que valga un millón y que entonces obtendrá mi mano.

—Después te preguntarán de dónde te proviene el dinero—le había dicho el cura á Luciano cuando éste le contó lo ocurrido.

—Mi cuñado debe haber adquirido fortuna, y podrá servirme de editor responsable—exclamó Luciano.

—Entonces no falta más que el millón—había dicho el cura;—pensaré en ello.

Para explicar bien la situación de Luciano en el palacio de Grandlieu baste saber que no había sido invitado nunca á comer. Ni Clotilde, ni la duquesa de Uxelles, ni la señora de Maufrigneuse, que protegía siempre á Luciano, pudieron lograr del anciano duque este favor; tanto desconfiaba aquel hidalgo de aquel á quien llamaba siempre el señor de Rubempré. Este detalle, observado por todos los asiduos de la casa, causaba profundas heridas en el amor propio de Luciano, el cual veía que sólo era allí tolerado. El mundo tiene derecho á ser exigente, porque se ve engañado muchas veces. Figurar en París sin tener fortuna conocida ó una industria determinada es una situación falsa é insostenible; así es que Luciano, meditando, daba una fuerza irrefragable á esta objeción: «¿De qué vive?» y se había visto obligado á decir en casa de la señora de Serizy, á la cual debía el apoyo del fiscal general Grandville y del ministro de Estado, conde Octavio de Bauván, presidente de una audiencia soberana:

—Me estoy empeñando atrozmente.

Al entrar en el patio del palacio en que veía la legitimación de su vanidad, Luciano se decía amargamente, recordando la deliberación de Burla-la-Muerte:

—Siento que todo se hunde bajo mis pies.

El joven amaba á Ester y quería á toda costa casarse con

la señorita de Grandlieu. ¡Extraña situación! Era preciso vender á la una para obtener á la otra. Un solo hombre podía realizar este tráfico sin que sufriese el honor de Luciano, y aquel hombre era Jacobo Collin: ¿no tenían que ser tan discretos el uno como el otro? No hay en la vida dos pactos de este género en que uno mismo es á la vez dominador y dominado. Luciano alejó de su mente las preocupaciones y entró alegre y radiante en los salones del palacio de Grandlieu. En aquel momento, las ventanas estaban abiertas, los aromas del jardín perfumaban el salón y la jardinera que ocupaba el centro contenía una pirámide de flores. La duquesa, sentada en un rincón, en un sofá, hablaba con la duquesa de Chaulieu. Varias mujeres formaban un grupo notable por las diversas actitudes debidas á las diferentes expresiones que cada una daba á un dolor fingido. En el mundo nadie se interesa por una desgracia ó por un sufrimiento, y todo son palabras. Los hombres se paseaban por el salón ó por el jardín. Clotilde y Josefina hacían labores en torno de una mesa de te. El vidamo de Pamiers, el duque de Grandlieu, el marqués de Ajuda-Pinto y el duque de Maufrigneuse jugaban al *wisk* (sic) en un rincón.

Cuando Luciano fué anunciado, atravesó el salón y fué á saludar á la duquesa al mismo tiempo que le preguntaba la causa de su aflicción.

—La señora de Chaulieu acaba de recibir una noticia terrible; su yerno, el barón de Macumer, el ex duque de Soria, acaba de morir. El joven duque de Soria y su mujer, que habían ido á Chantepleurs á cuidar á su hermano, han escrito dando la triste noticia. Luisa se halla en un estado verdaderamente lastimoso.

—Una mujer no se ve amada dos veces en su vida, como lo era Luisa por su marido—dijo Magdalena de Morsauf.

—Será una rica viuda—añadió la anciana duquesa de Uxelles mirando á Luciano, cuyo rostro permanecía impasible.

—Pobre Luisa, la comprendo y la compadezco—dijo la señora de Espard.

La marquesa de Espard tiene el aire triste propio de una mujer llena de alma y de corazón. Aunque Sabina de Grandlieu no tenía más que diez años, fijó en su madre una mirada inteligente y burlona que fué reprimida pronto

por otra de su madre. Esto es lo que se llama educar bien á los hijos.

—Si mi hija resiste ese golpe, su porvenir no me preocupa—dijo la señora de Chaulieu con maternal acento.—Luisa es muy romántica.

—Yo no sé de quién han heredado nuestros hijos ese carácter—dijo la anciana duquesa de Uxelles.

—Hoy es difícil conciliar el corazón y las conveniencias—dijo un anciano cardenal.

Luciano, que no había dicho palabra, se encaminó entonces á la mesa del te para saludar á las señoritas de Grandlieu. Cuando el poeta estuvo á algunos pasos del grupo de las damas, la marquesa de Espard se inclinó para poder hablarle al oído á la duquesa de Grandlieu.

—¿Cree usted que ese muchacho ama mucho á su querida Clotilde?—le preguntó.

La perfidia de esta pregunta sólo puede ser comprendida después de hacer el retrato de Clotilde. Esta joven, de veintisiete años, estaba entonces de pie, y esta postura le permitía á la burlona marquesa de Espard abrazar de una mirada el talle seco y delgado de Clotilde, que parecía verdaderamente un espárrago. El cuerpo de la pobre muchacha era tan liso que no admitía los recursos coloniales de lo que las modistas llaman manteletas engañosas; así es que Clotilde, que sabía ya que tenía de sobra con su nombre, lejos de tomarse el trabajo de ocultar este defecto, lo hacía resaltar heroicamente. Ajustándose la ropa, Clotilde obtenía el efecto del dibujo rígido y limpio que buscaron los escultores de la edad media para las estatuitas cuyo perfil se destaca en el fondo de los nichos de las catedrales. Clotilde tenía cinco pies y cuatro pulgadas. Si se nos permite usar una expresión familiar que tiene el mérito de ser gráfica, diremos que era todo piernas. Aquel defecto de proporciones daba á su busto un algo deforme. De tez morena, cabellos negros y duros, cejas muy pobladas, ojos ardientes encerrados en oscuras órbitas, cara arqueada como un cuarto de luna y dominada por una frente prominente, era la caricatura de su madre, que había sido una de las mujeres más hermosas de Portugal. La naturaleza se complace á veces en estos juegos. En las familias se ve frecuentemente una hermana de sorprendente belleza y un hermano horriblemente feo, que se le semeja mucho y que tiene sus mismas